

# Foro

Septiembre–Octubre, 2025  
VOL. 9, NÚM. 5, PÁGS. 7–13

## Más Allá de las Élités: Cómo los Oligarcas Moldean la Política sin Consentimiento

Una charla con *Jeffrey A. Winters*

# Más Allá de las Élite: Cómo los Oligarcas Moldean la Política sin Consentimiento

Una charla con *Jeffrey A. Winters*

**Jeffrey A. Winters** es profesor de Ciencias Políticas y fundador y director del programa Equality Development and Globalization Studies (EDGS) en la Universidad Northwestern. También es autor del libro *Oligarquía*.

**¿Son los oligarcas un grupo de élite como otras élites, capaces de moldear la política? Si no, ¿qué los distingue en términos de influencia política? ¿Cómo surgieron históricamente los oligarcas?**

Todas las sociedades, incluidas las democracias, tienen algunos miembros mucho más poderosos que otros. Hay dos preguntas que siempre debemos plantearnos sobre este fenómeno: ¿cuán desigual es la distribución del poder en la sociedad (es decir, la escala o el grado de desigualdad) y cuál es la base de las desigualdades de poder? Ambos aspectos son fundamentales.

Como primer punto, no deberíamos preocuparnos demasiado por desequilibrios de poder relativamente menores. Esto es normal y probablemente saludable para la sociedad, ya que no todos somos iguales. Pero las enormes desigualdades de poder implican que unas pocas personas podrán dominar a todas las demás. Y la historia nos dice que rara vez lo hacen por nosotros, sino más bien para su beneficio. Trabajan duro para asegurarse su prosperidad, y no les importa si todos los demás tienen una vida mucho más dura. La injusticia de esto es evidente, y la gente ha luchado contra ella durante miles de años. Siempre ha sido una lucha noble y honorable.

El segundo aspecto importante es la base de las desigualdades de poder, y esto nos lleva a la diferencia entre oligarcas y élites. Muchas personas que son superpoderosas disfrutan de su posición porque otros las ponen ahí, como cuando los votantes eligen a funcionarios para que les dirijan o cuando los miembros de un sindicato eligen a sus líderes sindicales. Figuras como Gandhi o Martin Luther King eran mucho más poderosas que el ciudadano promedio y, por lo tanto, deben ser consideradas élites (aunque no quieran ser llamadas así). Pero su poder se basaba en la admiración de decenas de millones de personas. Cuando las élites reciben de nosotros el poder para guiarnos y hacernos avanzar, es algo positivo. Nosotros les damos el poder para hacerlo, y si abusan de ese poder y actúan en su propio beneficio, las reemplazaremos.

Hay otro tipo de élite que es superpoderosa en comparación con los ciudadanos comunes, pero nosotros no la pusimos allí ni se ganó su estatus en función de la excelencia en su campo. Un dictador es una élite, el jefe de un cártel de la droga es una élite, un caudillo que domina una región es una élite. Las diferencias entre estos tipos de élites son claras. Pero también existen categorías turbias de élites. Por ejemplo, un demagogo en la sociedad o un influencer fascista en las redes sociales puede generar mucho apoyo y ser bastante poderoso. Estas personas también son élites. Las élites se refieren a una minoría de personas que son mucho más poderosas que el ciudadano promedio. Hay muchos caminos para alcanzar el estatus de élite.

Pero, ¿qué pasa con los oligarcas? ¿Por qué son diferentes y, de hecho, están fuera de la categoría de “élites”? Los oligarcas son un pequeño grupo de personas de la sociedad que tienen poder gracias a la riqueza, que es una base material. Es la base tan diferente de su poder lo que los coloca en una categoría especial. Dependiendo de su forma (siendo las finanzas y el dinero las más versátiles), la riqueza puede usarse de infinitas maneras para moldear la política y el rumbo de una sociedad. Nadie votó para que estas personas tuvieran este poder. No se han enriquecido porque las masas les admiren. Y no tienen que responder ante nadie más que ante sí mismos. De hecho, ser lo más egoísta posible es la lógica fundamental de los oligarcas. Aumentar su riqueza incrementa su poder en un ciclo constante.

Un oligarca puede convertirse en una élite. En todo el mundo vemos a perso-

nas adineradas que financian sus propios partidos y campañas y consiguen cargos como alcalde, senador, presidente o primer ministro. Cuando consiguen un cargo, son a la vez una élite y un oligarca. La situación también puede ser a la inversa. Alguien puede alcanzar una posición de élite de gran influencia y luego usarla para hacerse inmensamente rico. Así es como algunas élites se convierten simultáneamente en oligarcas. Pero hay muchas élites que no son oligarcas y muchos oligarcas que no son élites.

La base de ser un oligarca es la concentración de la riqueza, y esta definición se remonta a miles de años atrás, a escritores como Aristóteles. En la historia de la humanidad, no existían oligarcas antes de que la concentración de la riqueza apareciera a una escala significativa. El objetivo principal de los oligarcas es la defensa de la riqueza. Quieren proteger sus fortunas contra cualquier amenaza de redistribución. Todos los oligarcas comparten este objetivo político, incluso cuando discrepan sobre otras políticas. El objetivo central de *La Política de Aristóteles* es intentar determinar si la oligarquía y la democracia pueden coexistir, y cómo hacerlo.

### **¿Siempre participan los oligarcas en política? ¿Qué motiva su participación política? ¿Ha cambiado esta motivación con el tiempo?**

No todos los oligarcas participan directa o visiblemente en la política. Algunos son bastante pasivos y permiten que otros oligarcas dediquen sus recursos y su tiempo a defender la pirámide de riqueza de la sociedad. Gran parte de la influencia política de los oligarcas no es visible. E históricamente, la mayoría de los oligarcas comprenden que la alta visibilidad puede ser riesgosa. A la gente nunca le gusta ser dominada ni excluida. Pero su respuesta es diferente cuando creen que es “el sistema” (un mercado impersonal, etc.) el que les somete y no las personas reales de la sociedad. Cuando los oligarcas dominan la política y la sociedad abierta y visiblemente, corren el riesgo de convertirse en blanco de la frustración. Cuando un “sistema” impersonal te oprime, resulta abrumador y difícil de enfrentar. No hay nadie con quien enojarse. Pero la opresión de los oligarcas es muy diferente.

**¿Es la influencia política de los oligarcas inherentemente perjudicial para la sociedad? ¿En qué circunstancias se vuelve desmedida? ¿Bajo qué condiciones se encuentra limitada?**

No es fácil encontrar oligarcas en ningún país que hayan usado su influencia política para reducir el poder de los oligarcas. A veces hablan en términos vagos de fortalecer la democracia y el Estado de derecho. Pero si partimos de la definición más fundamental y significativa de democracia —que es el poder compartido equitativamente—, a los oligarcas no les interesa esto porque significaría el fin de la propia oligarquía. Los tipos de democracia que apoyan están todos mezclados con el poder oligárquico. El pueblo tiene derecho al voto y a la libertad de expresión, y los oligarcas pueden usar su poder económico en la política y la sociedad con pocas limitaciones.

Las democracias de la era moderna están cuidadosamente diseñadas para combinar el poder de participación y el poder de la riqueza en un delicado equilibrio. En América Latina hemos visto lo que ocurre cuando ese equilibrio se ve desafiado y el pueblo utiliza la democracia para amenazar a los oligarcas. La democracia misma suele ser la primera víctima. La democracia se cierra hasta que los oligarcas se sientan seguros nuevamente. Y entonces ocurre la “redemocratización”.

**¿Los sistemas políticos con fuertes derechos de propiedad apaciguan a los oligarcas de manera duradera y beneficiosa? ¿Qué condiciones permiten la existencia de tales sistemas y qué factores podrían debilitarlos?**

Los derechos de propiedad son un pilar fundamental del poder oligárquico. Pero debemos tener claro qué queremos decir con esto. El problema no es que los ciudadanos posean su pequeña parte de propiedad en la sociedad —una casa, un coche, quizá una pequeña tienda o un restaurante—. La propiedad, en este sentido, no les otorga, como individuos, un gran poder patrimonial además de su poder político de voto y voz. En el caso de los oligarcas, estamos hablando de propiedad a una escala tan masiva que les da un poder político adicional que otros no tienen. El problema no es la propiedad. Es el poder político concentrado basado en la riqueza concentrada. Si ese poder patrimonial concentrado se utilizara para aumentar la igualdad en la sociedad, nadie se quejaría. Pero se utiliza para el

objetivo contrario.

**¿Cuál es la mayor amenaza para los oligarcas contemporáneos en estados con fuertes derechos de propiedad? ¿Qué estrategias emplean para neutralizar estas amenazas?**

Es bastante común que las democracias intenten redistribuir la riqueza mediante medidas como la tributación progresiva. La idea es que quienes tienen muchos más recursos paguen una tasa impositiva mucho más alta, y quienes son muy pobres paguen casi nada. Los altos impuestos que pagan los oligarcas se supone que deben financiar un mayor acceso a la educación, la atención médica, la vivienda y otros servicios. Y se cree que la redistribución a través de los impuestos reducirá la desigualdad, tanto en tiempo real, cuando se pagan los impuestos anuales, como mediante altos impuestos sucesorios al morir, para que los oligarcas no puedan transmitir sus fortunas y crear dinastías interminables.

Esto no es lo que ocurre en la realidad. Los oligarcas están muy centrados en la defensa de su riqueza, y aun cuando las democracias deciden que debe existir una tributación progresiva, ellos utilizan su poder económico para frustrar esta agenda democrática. A diferencia de la mayoría de los ciudadanos, pueden ocultar su riqueza y sus ingresos. Los trasladan a jurisdicciones secretas en el extranjero. Contratan a profesionales altamente cualificados en lo que he llamado la “Industria de la Defensa de la Riqueza” para evadir el pago de impuestos. Me refiero a ejércitos de abogados, contadores, especialistas en gestión patrimonial y grupos de presión que influyen en los gobiernos democráticos para crear excepciones y vacíos legales. Los oligarcas utilizan su poder patrimonial para contratar estos servicios. De hecho, toda esta industria global multimillonaria solo existe para defender a los oligarcas y su dinero de políticas democráticas como la tributación progresiva. La industria no tiene otro propósito.

Se estima que entre 30 y 40 billones de dólares se encuentran en el opaco mundo de los paraísos fiscales, donde los oligarcas no pagan impuestos. Los gobiernos no pueden gravar ni recaudar lo que no pueden ver. Por supuesto, cabe preguntarse: si los gobiernos de todo el mundo pierden cientos de miles de millones de dólares en ingresos fiscales, ¿por qué existen estos diminutos e indefensos paraísos fiscales extraterritoriales? Si las naciones poderosas quisieran cerrarlos,

podrían hacerlo. Pero no lo hacen. El mero hecho de que sigan existiendo es una expresión del poder oligárquico. No hay otra explicación lógica.

**¿Han existido casos históricos de abolición de grandes fortunas privadas, poniendo fin a la oligarquía? De ser así, ¿podrían estas experiencias servir de modelo para reducir o eliminar la estratificación de la riqueza?**

Para que existan oligarcas, debe haber empoderamiento mediante la concentración de la riqueza. Hay muchos ejemplos en la historia donde la concentración de la riqueza estuvo ausente, y también lo estuvieron los oligarcas.

**¿Pueden los procesos democráticos resolver por sí solos la estratificación de la riqueza? ¿Qué obstáculos estructurales impiden el éxito? ¿Existen límites a lo que se puede lograr?**

Al enfrentar a la oligarquía, debemos comprender que el poder oligárquico no es estable ni constante. Puede fluctuar considerablemente, y hay momentos en los que el poder de los oligarcas se reduce considerablemente. Los oligarcas alcanzan su máximo poder durante lo que yo llamo “la política de lo cotidiano”. Se trata de la política cotidiana —día a día, año tras año—, cuando las instituciones políticas operan de forma estable. Sí, hay altibajos durante estos períodos, pero se encuentran dentro de un rango limitado de perturbación que los líderes gubernamentales pueden gestionar con relativa facilidad. Los oligarcas se han infiltrado profundamente en las instituciones de gobierno en todos los poderes y suelen tener relaciones estrechas con los líderes políticos.

Y luego está “la política de crisis”. Se trata de rupturas muy profundas que pueden ser provocadas por diversos factores: un colapso económico, grandes movilizaciones sociales, guerras, desastres naturales, epidemias. Son momentos de gran vulnerabilidad oligárquica. Sus palancas habituales de poder se ven perturbadas, y los líderes políticos que enfrentan crisis de repente están dispuestos a considerar políticas y cambios que, de otro modo, serían inimaginables.

En las democracias, se requiere una doble estrategia. Es necesario combatir a la oligarquía en la vida política cotidiana. Esto implica librar cada batalla política para limitar el poder oligárquico en la política, aumentar los impuestos a los oli-

garcas, cerrar vacíos legales y luchar por programas que beneficien a quienes no son ricos. Pero también debe haber un proceso activo y deliberado de preparación para cambios mucho más profundos que solo son posibles durante las crisis. Me refiero a cambios importantes en las instituciones, la representación y la confrontación directa con el poder oligárquico. Todos estos son cambios importantes que resultan impensables en tiempos normales (y que a menudo se ridiculizan como irreales), pero que se vuelven posibles en épocas de crisis profunda.

La estrategia consiste en preparar estas ideas, debatirlas, perfeccionarlas y desarrollarlas hasta convertirlas en una forma avanzada y madura para que, cuando llegue la oportunidad (y sin duda llegará), se cuente con un conjunto completo de cambios listo para su implementación. Estos cambios deben ser inteligentes, eficaces y bien planificados. No son imprudentes.

Cuando no hay preparación, la alternativa es una “política de última hora”, que no es eficaz contra la oligarquía. Si esta preparación no se hace con anticipación, será demasiado tarde cuando surja una oportunidad importante y el poder oligárquico esté temporalmente debilitado. Esa debilidad no durará mucho. Cuando pase la crisis, los oligarcas se reagruparán y restablecerán su influencia. Lamentablemente, lo que ocurre en la mayoría de los casos es que se hace muy poca de esta preparación, y la ventana de oportunidad pasa con cambios mínimos, los cuales suelen revertirse con facilidad.

Las democracias son plenamente capaces de seguir ambas estrategias: trabajar arduamente en políticas y reformas incrementales (que realmente importan) y, al mismo tiempo, prepararse para cambios mucho mayores cuando llegue el momento adecuado.

Lo que no ha funcionado bien es cuando las democracias han intentado realizar cambios importantes para domesticar a la oligarquía mientras los oligarcas se encuentran en su máximo poder. Esto es muy peligroso para la propia democracia.